

LA SEMANA

REVISTA ILUSTRADA: Se publica los días 1, 8, 16 y 24 de cada mes

Redaccion y Administracion,
Orzan, 42, 3.º

Director propietario,
D. Ricardo Caruncho

La correspondencia
y originales, al Director.
Orzan, 42, 3.º

ANUNCIOS, RECLAMACIONES Y CENTRO DE SUSCRICIÓN, LIBRERÍA DE D. V. NAVEIRA.—LUCHANA, 46.

Año I

Coruña 21 de Mayo de 1882

VIII. 1.

FANTASIA, por R. Navarro



—Nada; hemos concluido. Tantos veces va el cántaro a la fuente.....
—Te juro que nunca fui yo por el agua: es Penito el que la sube.

ADVERTENCIA

Recordamos á nuestros suscritores y sociedades de fuera de la capital que no hayan satisfecho el primer trimestre, que el pago es por adelantado; y que para el buen orden de esta administración les suplicamos lo hagan efectivo en el presente mes.

También agradeceríamos á los suscritores de la capital que salen á veranear al campo, pasen aviso á la librería de D. V. Naveira ó á esta administración, con el objeto de remitirles el periódico ó entregárselo á la persona que designen.

EL ADMINISTRADOR.

EL CURA DE CUCUÑAN

Cuenta Alphonse Daudet en una de sus obras, (1) que había un cura en Cucuñan que amaba entrañablemente á sus feligreses, y para quien su curato hubiera sido el paraíso si no fuera porque en los confesonarios campaban por su cuenta las arañas, y las hostias se pudrían dentro del santo copon.

Este cura, bueno como el pan y franco como el oro, pedía todos los días á Dios su gracia para no morir, sin antes ver á su disperso rebaño en el buen redil.

Un domingo, despues del evangelio, subió al púlpito don Martín—así se llamaba el cura—y exclamó:

—«Hermanos míos: creedme, si quereis; pero la otra noche, yo, miserable pecador, estuve á las puertas del paraíso.

Una vez allí, llamé y San Pedro me abrió:

—«Calla, eres tú, mi buen Martín! me dijo. ¿Qué vicentitos traen por aquí? ¿En qué puedo serte útil?

—¡Ah, mi señor San Pedro! Vos que teneis las llaves de esta puerta y que llevais el alza y baja de esta celeste mansión, no podrias decirme cuántos feligreses de Cucuñan hay aquí?

—En este momento, nada sé; pero, siéntate y juntos repasaremos...

Y esto diciendo, cojió un gran libro, púsose las gafas y, hojeándolo, dijo:

—«Cu... cucu... cucuñan; aquí está; Pero, mira, mira, toda la hoja en blanco; ni un alma. Buen Martín, tienes aquí tantos feligreses como espinas tiene un pavo.

—¿Qué no hay ninguno!... ¡nadie!... no puede ser. Hacedme el favor de mirar más detenidamente.

—Te digo, que no hay nadie. Si crees que te engaño, mira.

—¡Oh, pecador de mí! exclamé con las manos y los piés juntos. Tened piedad de nosotros: misericordia, señor, misericordia!

Al verme tan afligido, San Pedro dijo:

—«Buen Martín, no lo tomes tan á pechos, pues que la sangre se te puede arrebatar á la cabeza. La culpa, despues de todo, no está en tí: tus feligreses, quizás, estén haciendo cuarentena en el purgatorio.

—¡Ah, por caridad, mi buen San Pedro!: hacedme la merced de que yo pueda verlos, y así al menos les daré algun consuelo.

—«Con mucho gusto, amigo mio. Toma cálzate estas sandalias porque los caminos que vas á recorrer están muy malos... Bien... Ahora, camina todo derecho, y al llegar allí bajo, á aquella revuelta verás una puerta de plata esmaltada con estrellas muy negras... Llamará á la derecha; te abrirán y, haciendo la señal de la cruz, entra decididamente.

Y caminé, amados oyentes míos: caminé, y ¡qué camino aquél! Se me me ponen los pelos de punta no más que con pensarlo. Un sendero lleno de escarabajos y de piedras preciosas y de serpientes que silbaban, me condujo hasta la puerta de plata esmaltada.

—Trás, tras.

—¿Quién llama? dijo una voz ronca y doliente.

—El cura de Cucuñan.

—¿De...?

—Cucuñan.

—¡Ah! sí... Entrad.

Y entré. Un ángel hermosísimo, con dos alas negras como la noche, con una túnica resplandeciente como el día, con una llave de diamantes colgada de la cintura, estaba escribiendo, rás, rás, rás, en un gran libro más gordo aún que el de San Pedro y... para acabar, me dijo:

—¿Qué quieres, buen cura?

—¡Oh, mi hermoso ángel! quiero saber, si no peco de curioso, si hay aquí alguno de mis feligreses.

—De tus...

—Sí, señor, de Cucuñan.

Y abrió el libro, mojó con saliva los dedos para que corriese mejor las hojas, y empezó á hojearle detenidamente.

—Cucuñan, dijo, dando un suspiro. Sr. Martín, aquí en el purgatorio no hay nadie de ese punto.

—¿Jesús, María y José...! nadie de Cucuñan aquí tampoco!—¡oh, Dios mio!... ¿dónde estarán esos...

—En el paraíso ¿dónde diablos quereis que estén? me interrumpió aquel hermoso ángel.

—Pero, si vengo de allí.

—¿Y qué?

—Que no están. ¡Ah, mi buen ángel!

—¿Quieres, buen cura. Si no están en el paraíso ni en el purgatorio, no hay remedio, están en el...

—¡Divina cruz!... ¡Jesús, hijo de David!... ¡Ah! ¿será posible? ¿Me habrá engañado San Pedro?... No, porque entonces hubiera oido cantar el gallo... ¡Ay, pobres de nosotros! ¡cómo he de ir yo al paraíso si ninguno de mis feligreses está allí!

—Oye, pobre Martín: puesto que á toda costa deseas saber dónde se hallan tus feligreses, desfila por ese sendero: á la izquierda verás una fachada muy grande; bueno, allí te darán razon de tus cucuñeses... Dios te acompañe!

Y al decir esto cerró el ángel la puerta de plata.

Era aquel un sendero largo y lleno de enrojecidas brasas. Cada paso era un tropiezo; sudaba como un pollo y me caía por cada pelo una gota de sudor. Os digo que me tambaleaba como si hubiera bebido y que jadeaba de sed. Pero gracias á las sandalias que el buen San Pedro me habia prestado, no me quebré los piés y el alma.

Despues de unos cuantos malos pasos, tropezando aquí y allí, vi á mano izquierda una puerta; mejor dicho, un inmenso portalon e bicerto, que parecia la boca de un horno. ¡Oh, hijos míos; qué espectáculo aquel! Allí, nadie me preguntó como me llamaba: allí, no se registra á nadie y allí, en una palabra, se entra, hermanos míos en el señor, como... vosotros entraís los domingos en la taberna.

Yo sudaba la gota gorda; estaba transido de dolor; tenía escalofrios, y los pelos se me erizaban. Sentía el calor; oía tostarse la carne y á mis narices llegaba un olor, así como el que se nota en nuestro Cucuñan, cuando Elias el mariscal quema el casco de algun asno viejo antes de herrarle. Os digo, que entre la hediondez y el calor no podia respirar. Se oía, además, un clamoreo horrible de gemidos, de ahullidos y de juramentos.

—¿Entras ó no? me dijo, azuzándome con una horquilla, un demonio con grandes cuernos.

(1) *Letras de mi vida.*

—¡Yo!... no entro: soy un amigo de Dios que...

—¡Amigo de Dios!... por vida de... el tiñoso! ¿qué quieres aquí?

—Vengo... pero, no puedo tenerme sobre las piernas. Vengo de muy lejos á... preguntar respetuosamente; si por... casualidad habrá aquí... alguno de Cucuñan.

—¡Fuego de Dios! ¿Te estás haciendo el bobo? como si no supieses que todo Cucuñan está aquí... Toma, feo cuerbo; mira, y verás como cargamos con todos tus feligreses.

Y, con efecto, en medio de un espantoso torbellino de flamas;

—Vi al tremendo *tio Chamusquina* á quien todos vosotros hermanos míos, habeis conocido, á aquel chamusquina que se enaborrachaba tan á menudo, y que tan amenudo le sacudia las liendres á su pobre parienta.

Vi á Tarira... ese vagamundo, que tenia tan buen olfato... que dormia solo en la troje y... ¿pero, no os acordais de sus insolencias y de... más doblesmos la hoja que bastante he dicho:

Vi, tambien, á Pascual (a) *uñate*, el que hacia su aceite con los olivos de D. Julian...

Vi á la Barbiana; aquella espigadora que espigando, para tener más pronto liado su haz, cojia á puñados las gabillas de los demás:

Y vi, tambien, al boticario Araña, que vendia tan cara el agua de su pozo; y á aquel á quien llamabais el judio que cuando me encontraba llevando el viático seguia su camino con la gorra puesta, la pipa en los lábios y refunfuñando, como si hubiera visto un perro ó un lobo; y á Colás con su Tomasa; y al tio Juan; y al tio Pedro, y á Roque...

Pero, claro, lo que es natural; al llegar á este punto, el auditorio no le dejó seguir. Todos gemian, todos lloraban á lágrima viva al saber que su padre, su madre, sus abuelos, sus hermanos y demás parientes estaban sepultados en el infierno.

Restablecida la calma; siguió el cura de Cucuñan:

«Comprenderéis muy bien, hermanos míos, que esto no puede seguir así. Tengo á mi cargo vuestras almas y quiero salvaros del abismo que tenéis abierto á vuestros piés y hacia el cual caminais precipitadamente. Mañana mismo pondremos manos á la obra, y ¡qué obra, hermanos míos!...

Lo dicho, de mañana no paso. Y con el objeto de que todo se haga bien y con orden, vamos á arreglarnos del modo siguiente:

—Por supuesto que vendreis bien colocados y en fila cuando vais á la plaza en los días de baile.

Mañana, hues, confesaré á los viejos y á las viejas.—Esto no vale nada.

Martes, los niños... Pronto acabaré con ellos.

Miércoles, las mozas y los mozos.—Esto sí que puede que sea más largo y me haga falta todo el día.

Jueves, los hombres casados.—A estos les ataremos cuerpo.

Viernes, las mujeres de éstos; y desde ahora advierto que no quiero oír historias.

Sábado, el molinero... y si para el domingo hemos acabado nos daremos por muy satisfechos.

Ya lo sabeis, hijos míos: cuando el grano está maduro es preciso segarle; cuando el vino se ha pasado hay que beberlo, y cuando la ropa está sucia es preciso lavarla y lavarla bien.

Es la gracia que os deseo. Amen.»

Esos vamos decir á nuestros lectores que salió á pedir de boca, que desde ese domingo de feliz memoria para los feligreses del buen padre Martín, las virtudes de los hijos de Cucuñan tienen isma en diez leguas en contorno; y que

el buen cura, feliz y alegre ha soñado la otra noche que seguido de todo su rebaño entraba procesionalmente y entonando el *Te-deum* en el camino estrellado de la ciudad de Dios.

Tal para cual

Dos soldados, entrambos personajes oriundos y paisanos de Sevilla, Contaban sus hazañas y sus viajes A unas sencillas gentes de Castilla.

—Paseando en compañía de unas moras Por el Sahara, dijo el más experto, Vi un pájaro cruzar, que por dos horas Me estuvo haciendo sombra en el desierto.

—Yo vi más, dijo el otro al escucharlo, He visto, comparito, y no te asombres, Querer rodar un huevo cien mil hombres A toda fuerza, sin poder lograrlo.

—¿Qué ave puso ese huevo? ¡Cosa rara! Todo el concurso le pregunta ufano.

—La misma, que hizo sombra á mi paisano En los grandes desiertos de Sahara.

RAFAEL ARRUJO.

MENDO DE MACEDA (1)

Prólogo

Sentado cómodamente en mi humilde silla y apoyados los brazos en la mesa donde he dado espresión á tantas ideas, á tantos diversos escritos como despues han visto la luz pública; alumbrada mi estancia por la lámpara, compañera inseparable de mis veladas, y oyendo los ecos de las serenatas que pasan por mi calle, vi una noche sobre el cartapacio un rollo de papeles.

Le abrí, y mis ojos leyeron en su portada el renglon siguiente:

Don Mendo de Maceda.

—Buen titulo—me dije—y haciendo abstracción, en el silencio que me rodeaba, de nuestras costumbres y trajes, me sentí, solo por el epígrafe ó titulo del escrito, próximo á habérmelas con caballeros de espada y daga, con damas y amorios, y lo que es consiguiente entre gente enamorada y de tizona, con riñas.

Hoy, que en los teatros y en los libros solo vemos, no el ejemplo que debíamos seguir, no la virtud que habíamos de copiar, sino el reflejo y la apoteosis de nuestro mal gusto y de nuestra decadencia en muchas cosas; hoy, que parece desarrollarse el afán de poner en acción, ora en escena, ora en tipografía, espectáculos de *cante y timal*, ó si se trata de personas elevadas, hijos con muchos padres y padres que no saben cuantos hijos tienen; hoy, que el género flamenco sube, nos ha dado á los *tonitos* por leer algo de edades pasadas donde no conocieron el milagro, que vemos á menudo, de surgir, como *gansos al pañ en un estanque*, manadas de bailarines en las aceras, apenas suena una charanga popular de trompetazo limpio.

—¿Morena, quieres bailar conmigo el *Lino de Riego*?—decia un caballero á una señora anoche cuando tuve que dar un rodeo por el arroyo á causa de haberse establecido un *Ariel* en la acera.

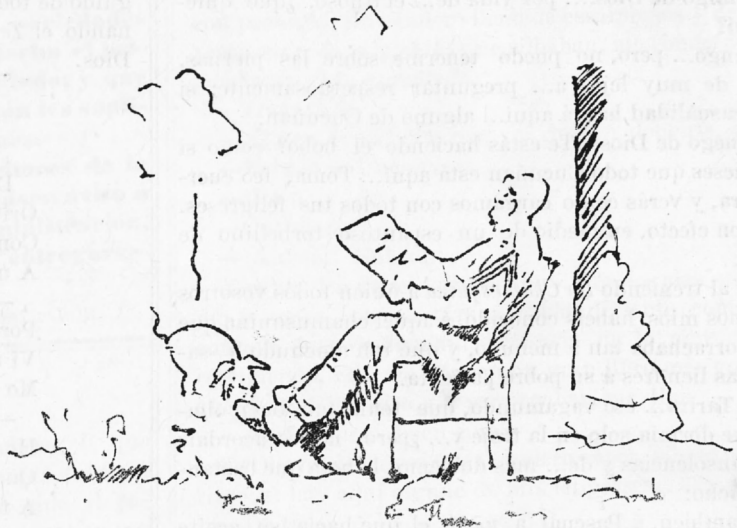
—Si lo baila *esté* como habaneras *güeno*.

Pero me distraigo de mi escrito.

(1) Esta novela histórica, original de nuestra concepción D. Manuel Auer, hábase de venta en Madrid, Lucheros 28, al precio de tres pesetas.—Ayer y hoy.



En activo.



De reemplazo.



¿Ha salido el cabo Lopez?

- no seña: está arrestado

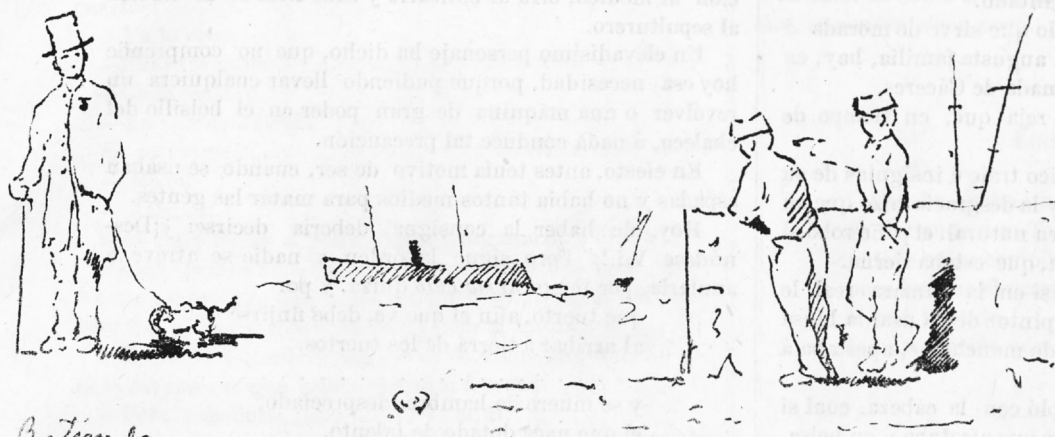
- ¿Por qué y por qué?

Ora el capitán que le

está Lopez - imposible

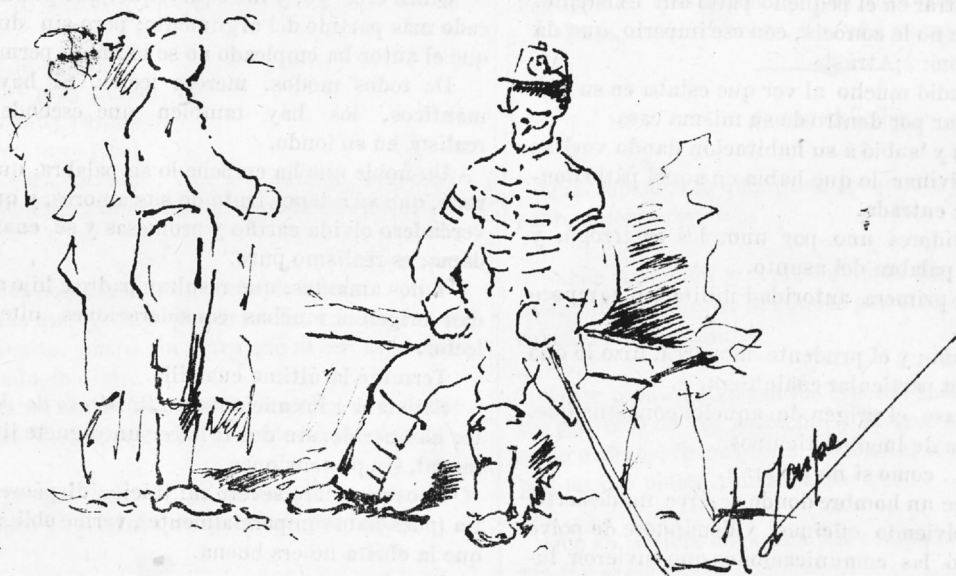
Pues sí, ha violado la ordenanza con abelosa impudencia y escalo.

- Frumpeta; el rascar en público,
en los juos navales, sonar con la
incompatibles con la dignidad
y el caballo.



Retirado.

Mi tu... ere bares, uen que de hierro.
 Ja... ja... que bruto... ¿si fuera de hierro
 no s'habia dar a pique?



meterse las una
 los dedos, son cosas
 que os parecen al clarin

Mi sargento ¿que quie ier epompaya?
 Pues epompaya, bruto es un termino tecnico
 que se deriva del griego.
 ¿Y que quie ier eso del griego.
 Tampoco saber el griego... pues entonces para que
 preguntas lo que no puedes saber.

A. Jaspe

Esta pícaro afición que me domina de decir la verdad como la siento; de no seguir rutinarios caminos, que no tienen ya razón de ser; de pensar á juicio de algunas gentes como nadie piensa, hace divagar mi pluma cuando nodesarrolla un pensamiento que debe constituir un libro.

A propósito de rutinas, recuerdo un caso histórico, que corroborara algo de lo levemente apuntado.

En el patio principal del Palacio que sirve de morada á S. M. el rey D. Alfonso XII y á su augusta familia, hay, en uno de sus ángulos la escalera llamada de Cáceres.

Al pié de la misma existe una reja que, en tiempo de otro Monarca, pintaron un día.

Un personaje, vestido con el rico traje é insignias de su jerarquía hubo de pasar por allí, y la desgracia hizo que su manga rozara en la verja. Como era natural, el paño robó al hierro alguna cantidad de pintura, que estaba tierna.

Nada notó el caballero, pero casi en la cámara real le hicieron ver que para dedicarse á pintar debía usar la blusa y no el uniforme, porque además de mancharse, apestaba á aguarriús.

El palaciego entonces, contempló con la cabeza, cual si padeciese una *torticólex*, el desastre que afectaba á su bolsa.

Se hicieron indagaciones, apareció el criminal; mas como se trataba de una puerta, se le declaró insolente, sobreseyéndose la causa.

Pero se tomaron medidas. Con la costumbre de poner remedio despues del mal, fué expedida una orden al día siguiente: el centinela de aquel ángulo recibió la consigna de no dejar el paso á nadie absolutamente á nadie por dicho sitio.

Y así trascurrió el tiempo.

Sucedió otro rey en el trono de España, y hete aquí que á S. R. M. se le antoja, como amo de su casa, ir, solo por aquel punto para entrar en el pequeño pátio allí existente.

El centinela, que no le conocía, con ese imperio que dá la ordenanza, exclamó: «¡Atrás!»

El rey se sorprendió mucho al ver que estaba en su morada y no podía andar por dentro de su misma casa.

Volvió la espalda y subió á su habitación dando vueltas en su lengua por adivinar lo que había en aquel pátio donde no se permitía la entrada.

Llamó á sus servidores uno por uno, los interrogó, y nadie entendía una palabra del asunto.

Vino por fin, la primera autoridad militar, y tampoco supo que responder.

El caso era extraño; y el prudente monarca, hizo lo que no hubiera hecho un particular cualquiera.

Ordenó se indagase el origen de aquella consigna que, según parecía, venia de luengos tiempos.

Pasaron años y... como si no pasaran.

Mas siempre surge un hombre donde se erce un desierto.

Un señor, revolviendo oficinas, y llenándose de polvo en archivos, exhibió las comunicaciones que tuvieron lugar cuando el célebre magnate se pintó la manga, y de cuyo suceso emanó la orden.

La rutina era patente.

Despues de una tramitación oficial, que duró ocho días sobre los ochenta años que venia en vigor la consigna, se notó ésta.

Hoy mismo tenemos otra curiosidad analoga que merece citarse.

La plaza de Oriente es un magnifico punto para que una pulmonía se nos apodere de la cavidad torácica al atravesar la calle de Bailén y entrar en Palacio, cuando soplan los rios aires del invierno.

Para, ahora noto que me olvido de Don Alonzo de Maceda y de mi prólogo.

Hoy encuéntrese á satisfacer esta parte preliminar, más

no puedo dejar al lector en la puerta del Principe *con su oído en mis labios*.

Decíamos, que al penetrar en la actualidad, una persona embozada por dicha puerta, los centinelas dicen: «¡Ese embozo!» y el aludido se vé obligado á recibir de pronto un cambio de temperatura que le puede costar una gratificación al médico, otra al boticario y sabe Dios si la tercera al sepulturero.

Un elevadísimo personaje ha dicho, que no comprende hoy esa necesidad, porque pudiendo llevar cualquiera un revólver ó una máquina de gran poder en el bolsillo del chaleco, á nada conduce tal precaución.

En efecto, antes tenía motivo de ser, cuando se usaban espadas y no había tantos medios para matar las gentes.

Hoy, de haber la consigna, debería decirse: «¡Desnúdese Vd.!» Pero sigue la orden y nadie se atreve á anularla, por temor al *ridículo* quizá, y por que tuerto, aún el que ve, debe finjirse al arribar á tierra de los tuertos.

.....
y se muere de hambre, despreciado,
el que nace dotado de talento.

Empecé la lectura de las cuartillas, y no me había equivocado. Estaba en la corte de Sancho IV, el Bravo.

Y me acordé de Guzman el Bueno.

Mas aquél, tan buen vasallo como mal padre, no figura en la novela.

Me alegré.

La leyenda me ha gustado.

Al terminar la segunda parte, el novelista, D. Manuel Amor, ha sabido despertar un gran interés en los lectores.

La condición de ser novela histórica, eleva bastante el asunto.

Quizá crea yo, y me equivoque, que pudiera haber sacado más partido del argumento; pero sin duda, el estilo que el autor ha empleado no se lo habrá permitido.

De todos modos, merece leerse. Si hay pasajes románticos, los hay tambien que esconden la escuela realista en su fondo.

Un noble que ha empeñado su palabra, que está enamorado, que vá á tener fruto de sus amores, y que sin motivo verdadero olvida cariño y promesas y se enamora de otra dama, es realismo puro.

Y dos amantes, que resultan padre é hijo al irse á casar, dan origen á muchas consideraciones ulteriores para el lector.

Terminé la última cuartilla.

Satisfará á los aficionados D. Mendo de Maceda: el autor ha querido, sin duda, hacer un juguete literario, y como tal, sin pretensiones.

Si os pareciera severo mi juicio, dispénsenme. Peor sería (pues hablo imparcialmente), verme obligado á confesar que la obra no era buena.

Pero lo es.

Y conste, que no me meto en vidas ajenas.

Mis amigos los editores de D. Menda, Sres. Simon y Osler, me han pedido un prólogo.

Helo ya aquí.

El tamaño del libro se ha prestado para formar un lindo volumen. Las cubiertas son de mucho gusto. La portada en cromolitografía, lleva el busto de Blanca, uno de los protagonistas de la novela; y al pié, entre caprichoso dibujo, aparece una escena de las más culminantes.

Toda es mejor que la *Introducción*.

MADRID, ABRIL, 1892.

CARLOS ALVARO MALGOUY

Quisicosas

De estas escenas se ven algunas en las fondas.

—Mozo: ¿qué hay de cenar?

—Pollos asados.....

—Alto, alto: Eso me gusta. ¿Dígame V.: lo venden por cuartos?

—Ya lo creo.

—Pues tráigame V. un cuarto de pollo asado.

—Nada más?

—Ya veremos luego.

El parroquiano despues de haberse comido el cuarto de pollo.

—¡Mozo!

—¡Alla vá!

Está muy bueno el pollo asado: tráigame otro cuarto.

Estas últimas llamadas se repitieron otras dos veces más. Nuestro individuo que debía ser muy *infeliz* sacó del bolsillo dos piezas grandes del *can* y dijo al mozo:

—Tome V. y quédese con la vuelta, como propina. No será la última vez que venga por aquí á cenar.

—Pero, caballero, ¿qué me dá V. aquí?

—Lo justo: ¿no le he pedido cuatro veces un cuarto de pollo? Pues exactamente importan cuatro cuartos y le doy seis, conque todavía le regalo dos cuartos.

¿Esto se llamará tambien *limo*?



Cuentan del historiador David Hume, que despues de escribir los primeros tomos de la «Historia de Inglaterra» hizo una bonita fortuna;—fíjense ustedes en que es inglés—y cuando los editores y libreros le ofrecian miles de reales por la continuación, les replicó:

Señores, sus ofertas son muy seductoras: pero, amigos míos tengo cuatro razones en que apoyarme para no hacerles á Vds. caso:

- 1.º Que soy muy viejo;
- 2.º Que estoy muy gordo;
- 3.º Que soy muy perezoso, y
- 4.º Que estoy muy rico.

Opinarán ustedes conmigo, que si hubiera empezado por la última se hubiera ahorrado las demás razones.



Marchaban dos soldados en un coche de tercera, y uno de ellos no hacia más que jurar y perjurar. En una de las estacaciones del tránsito, entró un cura que al oír espresarse así á aquel soldado, le dijo:

—Por ese camino, amigo mio, vá V. derecho al infierno.

—Más perderá V., padre cura, le contestó el soldado.

—¡Yo!

—Si, señor; porque mire V. yo llevo billete de ida y vuelta; al paso que V. tendrá que quedarse por allá.



En Betanzos tenia yo un amigo cura, que era un gran tipo... de figura se entiende; que por lo demás siendo mi amigo no habia de sacar aquí á relucir los trapillos. Don Jerónimo, que así se llamaba, tenia un vientre descomunado, parecia un bocoy; la cara era ancha, moftetuda, colorada, en fin cara de... sacristan, porque si digo de otra cosa me va á criticar la gente. Pues bien, como hacia tiempo no habia ido por allí no sabia yo que en ese pueblo habia otro tipo igual, y para más cura tambien. Así fué que la otra tarde llegué á Betanzos, vi á mi amigo, corrí á él y le di un baul y,

—Caballero, me dijo el del baul dando media vuelta: ¿usted viene engañado. Yo no soy la *berriaga* que V. busca.

Pensamientos

El órden social y la paz del mundo, descansan sobre la paciencia y la resignación de los pobres.

Marc. De Suel.

El amor es como el amor propio; aunque aspira á mucho, se contenta con poco.

Simeon de Hesíana.

Epigramas

Que ha hecho un drama muy sentido
ya diciendo don Tomás,
y debe estar complacido,
pues los que el drama han oido
lo han sentido...
lo han sentido aún mucho más.

C. DE ALFON.

Diálogos

—Caballero, no se puede entrar sin dejar aquí el baston.

—Pero, si no lo traigo.

—Vaya V. á buscarle. Yo tengo esa consigna y aquí nadie entra sin dejarme el baston.

—Muchacha, creo que nos va á suceder alguna desgracia. Acabo de ver un moscardon y anoche no me dejó dormir el ahullido de un perro.

—Pues, señorito, yo tambien la he pasado muy inquieta. Fígrese V. que he soñado que nos íbamos á casar.

—Pues, decididamente, nos vá á suceder una desgracia.

Cosas difíciles

Que sepamos lo que hubo, lo que hay y lo que habrá sobre el *ferro-carril*.

Saber la misión y representación que llevó á Madrid la que, vamos al decir, se conoce por «La comisión del ferro-carril de la Coruña...»

Saber para qué sirven los dineros gastados en el estudio del proyecto de vía estrecha, y el por qué se recogieron, si no dineros, firmas para realizarlo, si ahora, por lo visto, pedimos, ó piden... no sabemos qué.

Que en Galicia haya una red completa, ó *incompleta*, de vía férrea.

Epitafios

¡Adios, único bien que el alma adora!

¡Adios, mi dulce amor! ¡Esposa mia!

¡Ay! La Parca traidora

Me roba para siempre la alegría!...

—Nota: El esposo, autor de esta elegía,

Mató de una paliza á su señora.

Fíese usted ahora!...

Imp. de LA VOZ á cargo de Melchior...

CALLE DE SAN ANDRÉS NÚM. 19, MADRID.



—¡Por Dios, señorito! déjeme Vd. Luego se lo cuenta todo el loro á la señorita.

LA SEMANA

Revista ilustrada: Verá la luz los días 1, 8, 16 y 24 de cada mes

PRECIOS DE SUSCRICION:

CORUÑA, un mes, UNA peseta.—PROVINCIAS, trimestre adelantado, TRES pesetas.
ULTRAMAR Y EXTRANJERO, semestre adelantado, DIEZ pesetas.